

HEMOS PERDIDO A PEDRO LAÍN

Hemos perdido a Pedro Laín. Muchos de nosotros, en el fondo, nos resistimos a perderlo del todo. Más de uno, estoy seguro, se ha dicho en su fuero interno: «esa parte de mi quehacer que más hondamente proviene de lo que de él aprendí seguirá dando testimonio de su paso por la vida, así como del mío propio». La revista *Asclepio*, que él fundó, parece —en la medida en que una revista tiene la voz de muchas voces, el alma de muchas almas— haberse dicho lo mismo. La suerte, que me ha permitido pasar muchos años en la compañía del maestro, me ha hecho así mismo depositario de algunos textos suyos, como el que a continuación publicamos, que no consideró oportuno dar a las prensas, bien porque los considerase insuficientemente elaborados, bien por su mayor afición a la escritura de libros, y los actuales directores de la revista me han pedido unas líneas introductorias. Asumo, con emoción, esa tarea tan determinada, de una y de otra parte, por la amistad, y aunque sé que no podré dejar de hablar según mi sentir desearía, sin que esto suene pretencioso, hacerlo también por todos aquellos que quisieron a Don Pedro.

El texto de la conferencia titulada «El experimento biológico después de Claudio Bernard», pronunciada en la Sociedad de Estudios y Publicaciones el diecisiete de Marzo de 1976, constituye una pieza singular dentro de la enorme y variada producción de Laín. Singular en la medida en que la revisión de las diferentes filosofías de la ciencia a que en él procede apenas tuvo algún desarrollo en su obra posterior, aunque cabe pensar que, en el trasfondo de su reflexión filosófica sobre la ciencia del siglo veinte, especialmente en la perspectiva del que, para él, llegó a ser tema fundamental de investigación, la pregunta por el ser del hombre desde la ciencia, tal revisión tuvo gran importancia como propedéutica. Otros autores se dedicaron con mayor énfasis a explorar las más recientes y exitosas de estas teorías, aplicándolas a distintos campos del saber científico. Incluso creo recordar que, en los años en los que yo comenzaba mi formación como historiador de la medicina floreció alguna moda en este campo que, en el marco de los agudos debates sobre «internalismo» y «externalismo» llegó a causarme no poca inquietud en lo referente a mi futuro profesional. Pero tal vez se trate tan sólo de un recuerdo deformado por el paso del tiempo.

Ese tiempo que ha pasado desde entonces, veintidós años con Laín, me ha permitido experimentar lo contrario: la apertura hacia cualquier tipo de propuesta, temática o metodológica, siempre que viniera sostenida por la seriedad en su puesta en práctica. El texto que ahora publicamos tiene valor como testimonio de dicha actitud en el marco de la propia vida intelectual de Laín, pero también por sí mismo, pues permite —¡una vez más!— admirar, en ejercicio, la mirada lainiana sobre el proceder del hombre de ciencia, en un período histórico, además, que sólo recientemente ha sido objeto de atención por un número creciente de historiadores y filósofos de las ciencias de la vida.

Releo lo anteriormente escrito y no puedo dejar de pensar que, aun disponiendo de más espacio, no llegaría a hacer justicia al texto, entre otras cosas porque no puedo dejar de proyectar sobre él mi recuerdo del maestro. ¿Quién sabe? Tal vez eso, que desde cierto punto de vista es un defecto, no carezca de todo valor en las actuales circunstancias. He escrito como amigo y como discípulo y no pretendo que estas líneas desborden el testimonio personal, la expresión de un afecto que incluyó también —¡y cómo!— la admiración intelectual. Y sin duda no he podido ni querido reprimir una emoción que casi todos «los nuestros», espero, comprenderán y compartirán durante la lectura de estas páginas.

Luis Montiel